

LOURDES BERMEJO

-Antes de hablar del libro, comparte con nosotros cuál es su secreto de la eterna juventud.

-Creo que ayuda seguir preocupado por todas estas cosas, estas actividades que llevo a cabo. Se suele decir, y es verdad, que cuando una persona se jubila lo ves sentado en el parque y poco después lees su esquelita en el periódico. Así que, aunque me jubilé hace años, he procurado continuar interesado en muchas aficiones porque este es el momento, ya me pueden llevar todo el tiempo que quieran. La escritura, por otra parte, mantiene la agilidad mental y, además, yo intento no perder la memoria, recordando cada día algún aspecto de mi vida, personas que he conocido e incluso anécdotas que he escrito,

-¿Qué encontraremos en esta tercera entrega de 'Historia menuda'?

-Pues son ocho capítulos que no tienen nada que ver unos con otros. Los dos primeros son una parte de lo que llamo historia menuda y tratan de cosas de Arrecife, donde he vivido la mayor parte de mi vida; así como de mis primeros años en San Bartolomé, de donde procede mi familia y donde mi madre fue maestra. Allí tuve los primeros impactos vitales, los primeros amigos...

-En esta ocasión, también se ha adentrado en el género de ficción.

-Sí, hay lo que se llama novela histórica y, en esa línea, he creado una suerte de cuento histórico, titulado *Mi abuelo y el mar*, que ocupa el capítulo III. Trata de un marinero jubilado y de escasa cultura y su nieto, estudiante en el instituto, que sentados en el soco del Aguasresío, se van contando cosas. El abuelo recrea su vida marinera y el chico va traduciendo lo que dice a la vida real. Le gustan los libros de historia y de esa conversación sale un cuento. Al final, dice "Pues mira, me han publicado un libro". Es ficción, aunque algunas cosas de las que se cuentan sí ocurrieron realmente y el contexto histórico es fiel.

-Usted procede de una familia de mujeres pioneras. Su bisabuela, su abuela y su propia madre fueron maestras. También les dedica un capítulo.

-Mi bisabuela Eugenia ya tenía su propia academia en San Bartolomé. A ella la sustituyó mi abuela, que vino titulada como maestra de Tenerife y, después, mi madre ya hizo magisterio en La Laguna. Pero lo más interesante desde mi punto de vista es la vasta documentación que acumuló mi madre, relacionada con el mundo de la

ANTONIO LORENZO, AUTOR DE 'LANZAROTE, HISTORIA MENUDA III'

“En Arrecife hay cosas que no cambian, por ejemplo, el café en el bar. Habrá matices, pero eso es eterno”

Se niega a denominarse escritor y, a sus 87 años largos, asegura que si volviera atrás en la vida, se dedicaría “a lo mismo”, sus labores en el registro de la propiedad, donde trabajó por más de cuatro décadas. Sin embargo, la vitalidad de Antonio Lorenzo le impide llevar una jubilación sedentaria, como demuestra su afición por la pintura, las maquetas de barcos y la escritura. La tercera entrega de su saga ‘Lanzarote, Historia menuda’, (autoedición en In [between]), acaba de llegar a las librerías y es ya un clásico del anecdotario lanzaroteño.



Antonio Lorenzo atesora una colección de casi 400 ejemplares de literatura canaria. Foto: Adriel Perdomo.

enseñanza: certificaciones firmadas por el alcalde, las visitas de inspección... En todos estos documentos que se extienden de 1926 a 1960 aparecen alcaldes, secretarios, presidentes de comisiones, hasta los habilitados que pagaba el Ministerio. Muchísima gente con nombres y apellidos que considero parte de la historia del magisterio y de la política de la Isla. Mi madre trabajó hasta un mes antes de fallecer el 23 de abril de 1960, día del libro. Yo digo con humor que *murió con los libros puestos*.

-También incluye usted en el libro una novedosa investigación propia sobre el Obispado del Rubicón.

-Este capítulo es ciertamente una investigación histórica que

recopila textos al respecto de Viera y Clavijo o Antonio Romero de Armas sobre la historia del Obispado del Rubicón, a través de uno de los obispos, el cuarto, Fray Mendo de Viedma, que tiene una calle de Santa Coloma. Me movió a documentarme el hecho de que siempre se tuviera el Obispado del Rubicón como el primero de Canarias, hasta que en 1959 la prensa canaria difundiera la supuesta existencia de la diócesis de Telde como primer Obispado. Efectivamente hubo nombramientos de obispos, pero creo haber podido demostrar en este capítulo que ni los teldenses fueron los primeros ni siquiera esos obispos fueron personajes de mucha categoría. El primer Obispado fue el del Rubicón.

“El papel de las mujeres en el pasado no ha sido muy destacado, por desgracia. Un índice claro estaba en las estudiantes del instituto”

-Habla también de sus años en la radio.

-Estuve muchos años en *Archipiélago TV* y *Radio Archipiélago* y de esa época rescato 57 crónicas. Luego estuve mucho más tiempo en la *Cadena Ser*, pero estas colaboraciones eran solo guiones para desarrollar a viva voz.

-Hemos descubierto, asimismo, que es usted aficionado a las greguerías. Díganos alguna de su creación.

-Quise intentar crear algo parecido a lo que inventó Gómez de la Serna y también cultivé Rabindranath Tagore: 'La jirafa es un cuadrúpedo con periscopio'; 'Por un extraño fenómeno universal, todos los nietos son guapos e inteligentes'. Son verdades no? Hay 190 y tantas. Se me ocurren yendo por la calle, en mis paseos,

-Y, por último, le dedica un capítulo al humor canario.

-Bueno, yo creo que el humor canario es distinto a cualquier otro. Me baso en humoristas canarios y fundamentalmente en los de Lanzarote. Abel Cabrera fue un maestro. Escribió en *La Provincia*, pero no se ha publicado su obra, lo que es una pena. Luego está Leandro Perdomo, que sí es conocidísimo y, después, hay humoristas, no ya de escribir, sino de vida, como Maestro Alejandrino, que fue un carpintero remendón (no zapatero, sino carpintero) que caricaturizaba todo lo que se le ponía por delante. Se cuenta que a uno que iba por la calle con la boca medio abierta y los ojos medio caídos lo calificó de hurón destetado. Era un hombre de gran inteligencia y se rodeó de la elite cultural de Arrecife, entre ellos el grupo conocido como *Los Moros notables*, que eran casi todos socios del Casino. Pues esta gente antes de ir al casino, pasaba por la carpintería, que llamaban El tercio, porque estaba decorada con carteles de La Legión y aquellas cosas. Yo vi muchas veces a Maestro Alejandrino y una vez, que me dirigía al instituto nuevo, lo vi subiendo los escalones con mucha dificultad. Era ya muy mayor. Se dirigió a mí diciéndome "Ya ni puedo subirlos". Siempre he recordado con satisfacción aquel momento en